nisterio Público, en circunstancias especiales, desistirse del ejercicio de la acción penal, ocasionando con ello el sobreseimiento de la causa. En cuanto al ofendido y al tercero obligado al pago de la reparación del daño, despliegan una actividad semejante a la de las partes acabadas de referir; pero únicamente en lo que toca al daño causado al segundo, mientras que el primero, en forma amplísima, puede aportar pruebas sobre la existencia del delito, sus circunstancias y la responsabilidad del procesado.

Con estos conocimientos vuelvo al auto inicial para inquirir, en vista de su contenido, si da lugar o no al período "instrucción", del proceso penal.

Ordena el auto en cuestión, con relación a la materia que me ocupa, lo siguiente: 1º Que se tome al detenido su declaración preparatoria; 2º Que se practiquen todas las diligencias necesarias para el esclarecimiento de los hechos, y 3º Que se reciban las pruebas ofrecidas por las partes.

Los mandatos dos y tres, van encaminados directamente a la determinación de la verdad histórica, puesto que se refieren a la obtención y recepción de pruebas con ese objeto; claro está que además, con el tercero, se mira a respetar el derecho de defensa, que puede contrariamente interesarse por desfigurar u ocultar tal verdad; pero esto no significa que para el Juez su mandato persiga fundamentalmente el hacerse de medios que le sirvan para conocer la realidad de los hechos. Cosa semejante puede decirse respecto a la declaración preparatoria que si en forma inmediata mira al cumplimiento del Artículo 20 Constitucional, ello no impide al órgano jurisdiccional que trate de inquirir con ella la verdad.

Por lo tanto, puede asegurarse que el auto de

inicio abre un período de prueba que, en vista de lo expuesto, no es otro más que la instrucción.

La ley adjetiva federal, en su Título Cuarto, Capítulo I de las reglas generales, que dominan esta fase del procedimiento, reglas generales que el Código del Distrito contiene en la Sección III del Título Segundo y en parte de los Capítulos I y II de su Título Tercero.

Como decía en ocasión pasada, a partir del momento en que un detenido es puesto por el Ministerio Público a disposición de su Juez, empieza a correr para éste el término fijado por el Artículo 19 de la Constitución; luego, decretada la formal prisión, cuando el Juez estima agotada la averiguación pronuncia un auto declarándolo así, y concediendo a las partes un término de ocho días para promover pruebas que se puedan desahogar en quince días y, por último, declara cerrada la instrucción.

La instrucción empieza, pues, con el auto inicial y termina con el que la declara cerrada. Comprende por lo tanto, los siguientes períodos:

Primer período.—El de 72 horas contadas a partir del momento en que el detenido es puesto a disposición de su Juez y durante el cual deben aportarse las pruebas que sirvan para resolver, cuando menos, sobre la formal prisión o libertad por falta de méritos.

Segundo período.—Viciosamente denominado en la práctica, instrucción, comprendido entre el auto de formal prisión y aquel que declara agotada la averiguación, y

Tercer período.—El que empieza con el auto últimamente citado y finaliza con el que cierra definitivamente la instrucción.

Estudiaré separadamente cada uno de estos períodos.

LA CRITICA DEL GALICISMO EN ESPAÑA

P o r e l D r . A N T O N I O R U B I O

Publicamos la Introducción del interesante libro LA CRITICA DEL GALICISMO EN ESPAÑA (1726-1832), escrito por el Dr. Antonio Rubio, y que próximamente publicará la Editorial de la Universidad Nacional de México.

ES un hecho conocido de la historia moderna que la vida española del siglo XVIII, a pesar de su "plétora de tradicionalismo y de inercia"

(Maldonado Macánaz), cambia al contacto de las ideas y cosas venidas de Francia, y que la imitación de lo francés se extiende a muchas fases de la actividad social, política, económica e intelectual de España. Aquí las conocidas palabras de Quintana:

Todo concurría a este efecto inevitable: nuestra corte, en algún modo france-

sa, el gobierno siguiendo las máximas y el tenor observados en aquella nación; los conocimientos científicos, las artes útiles, los grandes establecimientos de civilización, los institutos literarios, todo se traía, todo se imitaba de allí: de allí el gusto en las modas, de allí el lujo en las casas, de allí el refinamiento en los banquetes; comíamos, vestíamos, bailábamos, pensábamos a la francesa... (1)

Es claro que el afrancesamiento o la deshispanización no llegaba al pueblo sino gradual y someramente, pero aún así se habían verificado cambios en muchos de los rasgos nacionales; por ejemplo, en aquéllos tan gustados de los románticos. Pintorescamente describe Cotarelo este nuevo estado de las costumbres, diciendo que

A la custodia un poco oriental de la mujer y a la galantería caballeresca, habían sucedido la fácil comunicación de los sexos y la prosaica novedad del *abate* y del cortejo. Ya no había ni mantos, ni tapadas, ni músicas nocturnas, ni cuchilladas tras cada esquina, ni rejas, ni jardines, ni tercerías de lacayos y criados, ni dueñas que duermen, ni rodrigones tolerantes, ni aquellos padres tan severos, ni aquellos hermanos tan bobos y tan espadachines. El punto de honra dejó de ser tan quisquilloso; el recuerdo de los antiguos sucesos nacionales, adversos y gloriosos, se hizo menos vivo; la misma fe, algo amortiguada, no inflamaba ya los espíritus. (2)

Lo nuevo y exótico iba, pues, ganando terreno, pero no sin la protesta y oposición de los castizos, quienes culpaban a los afrancesados de destruir la tradición nacional.

La moda alcanzaba también al lenguaje, y uno de los aspectos más interesantes de la inevitable protesta española se nos manifiesta en la crítica que se hacía al galicismo. De todos los efectos de la influencia francesa, acaso ningún otro fue tan formal y encarecidamente censurado. En esta materia el acuerdo era casi general, y nada parecía ofender tanto a ciertos escritores como la invasión francesa del idioma. Además, en una época en que las discusiones sobre estéticas amorataban el físico y hasta la reputación de los polemistas, la defensa del castellano vino a ser para muchos literatos españoles el nexa que los aunara en una

(1) *Obras completas, Biblioteca de autores Españoles*. (Madrid, Hernando, 1846-1926.—En lo adelante los tomos de esta biblioteca se indicarán con las iniciales BAE), XIX, 146.

(2) Emilio Cotarelo y Mori, *Iriarte y su época*. (Madrid, Rivadeneyra, 1897), pág. 36.

causa común. Y bien que lo merecía el idioma, pues según el decir de Menéndez y Pelayo, tal era el afrancesamiento "que pareció que íbamos a perder hasta la lengua. (3)

El método empleado para facilitar y apresurar la recastellanización del lenguaje variaba según la vena y preparación del escritor. Unos ofrecían consejos didácticos llevando y trayendo a Cicerón y Quintiliano y editando *Artes* de hablar; otros, al sacar a luz *Teatros* y *Parnasos* de los clásicos españoles (con el fin de desvirtuar las censuras de los extranjeros), confiaban también en que el lenguaje mejoraría; más severos *in re litteraria*, algunos recurrían a la sátira como remedio más eficaz; muchos, en fin, apelaban al patriotismo y exhortaban a excluir lo culto y galicano por lo llano y castizo. El fin que perseguían los más rancios puede sintetizarse en estos versos que dirigió Benegasí a un amigo:

Has de hablar castellano
Como tu abuelo:
La morcilla, morcilla,
Y el cuerno, cuerno. (4)

No obstante, no faltó alguno que creía que el galicismo era un "mal irremediable... porque quien no tiene lumbre en su casa va por ella a la del vecino". (5) Así se expresaba cierto anónimo corresponsal que elogiaba el lenguaje puro de Iglesias de la Casa. El poeta Cienfuegos fue aún más lejos, llegando a defender el neologismo extranjero (la voz "galicismo" es rara antes de los principios del siglo XIX), en el seno de la Academia española.

En el presente trabajo se citan y comentan las críticas que sobre el galicismo hicieron varios escritores significativos. Ni intentamos ni quisimos

(3) *Historia de los heterodoxos españoles*, 7 vols. (Madrid, Librería de V. Suárez, 1911-1932), VI, 84. Ya antes en la página 34 del mismo tomo, don Marcelino se duele de la "vergonzosa tutela" francesa a que estaba sometida España durante el reinado de Felipe V, y de la corrupción del idioma en el siglo XVIII; por eso exclama: "A cambio de un poco de bienestar material que sólo se alcanzó después de tres reinados ¡cuánto padecieron con la nueva dinastía el carácter y la dignidad nacionales! ¡Cuánto la lengua! (*Ibid.*, pág. 34.)

(4) BAE, LXI, pág. li. Afortunadamente para el amor propio de los casticistas, muchos ignoraban entonces que el habla de los primeros "abuelos" literarios ya contenía galicismos, como lo atestigua el *Cantar de Mio Cid*, en el cual se encuentran hasta once: "mensaje, omenaje, usaje, barnax, palafre, vergel, ianda, derranchar, cosiment, ardiment, xámed", "los galicismos más viejos", según Menéndez Pidal. (*Orígenes del español*.—Madrid, Hernando, 1926—, pág. 538.)

(5) BAE, LXI, 416.

incluirla todo. (6) Faltan los Villanueva, Garcés, Blanco White, Reinoso, Vargas Ponce y otros. A veces no pudimos dar con la opinión de algunos; otras, decidimos no incluirla para reducir las repeticiones. (7)

El período que se abarca en este trabajo es la época literaria que media desde el primer artículo de Feijóo, pertinente a nuestro tema (*Paralelo de las lenguas castellana y francesa*, 1726) hasta las obras tempranas de Mesonero (*Mis ratos perdidos*, 1821, y los artículos publicados en las *Cartas españolas*, 1832). (8) Antes de Feijóo, el galicismo era parco y, por ende, poco ofensivo; después de Mesonero, o con más propiedad, bastante tiempo antes de su muerte, muchos de los galicismos del siglo XVIII se aclimatan, y los nuevos de entonces acá son tantos, que todos los

(6) Advertimos, igualmente, que éste no es "un estudio histórico de conjunto acerca de los galicismos", el cual, según Menéndez Pidal, está por hacer. (Véase *Manual de gramática histórica española*. —Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1925—, pág. 23, nota.)

(7) Un escritor tan importante como Meléndez nos ha suministrado poco; es una declaración en su breve discurso de ingreso en la Academia Española, en el cual manifiesta el cantor de "Rosana": "hoy la consigo (la satisfacción de verse en el seno de la Academia) en medio de las zozobras y vaivenes de que nos hallamos agitados, y de que, por desgracia, no toca poca parte a la pureza de nuestro rico idioma". (*Memorias de la Academia española*. Madrid, 1870, II, 629-632.) También expresa que los ignorantes "la desestiman y ultrajan (la lengua española) como menesterosa y pobre, o la desfiguran so color de honrarla con frases y voces que son como otros lunares que la afean". Otras frases siguen, diciendo lo mismo con alguna fogosidad, pero ni una sola vez se llama por su nombre al vicio que se ataca; bien es verdad que esto fue en 1810, y que una actitud abiertamente antigalicista hubiera resultado ridícula en quien debía su puesto en el gobierno al rey intruso.

(8) En dos o tres lugares hemos citado algún dictamen posterior a este último año (1832), pero de autores que por la fecha de su nacimiento y de sus actividades todavía pertenecen al grupo que estudiamos.

que hablamos la lengua española tenemos que susurrar el *yo pecador*. Sin embargo, el purismo fisgoneante y regañón iba decreciendo, y a mediados del siglo XIX, Bretón, echándolo de menos, pudo exclamar:

Habla de mis abuelos, rica, noble,
Limpia, sonora, ¡oh, cómo te pervierte
La atrevida ignorancia a paso doble!
La jerga gitamil ¡oh, dura suerte!
Y de París la frase o de Grenoble
Conspiran dé consuno a darte muerte,
Y pocos salen ¡ay! a tu defensa
Ni en la tribuna libre ni en la prensa. (9)

Podemos, pues, colocar el ciclo antigalicista dieciocheno, que alcanza su mayor desarrollo en los escritores del reinado de Carlos III, entre las primeras obras de Feijóo y las primeras de Mesonero.

En la colocación de los autores hemos seguido aproximadamente el orden cronológico de las obras cuando nos fue posible determinar la fecha. Recuérdese en todo caso que varios de los autores vivieron coetáneamente. Hemos introducido la acentuación moderna en los trozos que se citan, pero preservado la ortografía según la edición respectiva.

Por último, nos es grato dar aquí las gracias al profesor George Tyler Northup por habernos sugerido el estudio del siglo XVIII y aconsejado en el desenvolvimiento de este trabajo.

(9) Manuel Bretón de los Herreros, *Obras*, 5 vols. (Madrid, Imp. de M. Ginesta, 1883-84), V, 436. Véase también el interesante artículo de Homero Seris, "Los nuevos galicismos", en *Hispania*, California, mayo de 1923, págs. 168-175. En él se citan a varios escritores que han censurado el galicismo después de la publicación del *Diccionario de galicismos*, de Rafael María Baralt. (Madrid, Imp. Nacional, 1885.)

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

SOBRE EL SERVICIO SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD

UN extenso programa para intensificar la obra de servicio social de la Universidad Nacional fue aprobado a fines de junio por el Consejo de la misma, reunido bajo la presidencia del Rector, licenciado Luis Chico Goerne.

Al iniciarse la asamblea se dió lectura a un informe de éste, respecto al nuevo plan de actividades, el que se inicia con la afirmación de que, de acuerdo con la responsabilidad que el licenciado Chico Goerne contrajo al hacerse cargo

del puesto que ocupa, estima que es necesario prestar mayor atención a la obra de servicio social, en el sentido de llevar a efecto la segunda base del artículo 9º del estatuto de la Universidad, que postula el pensamiento de sustituir el concepto de la cultura como patrimonio individual, por el de la cultura como deber social, con la intención de eliminar el tipo de profesionista que entiende su misión como una oportunidad de lucro.

Agrega el informe que desde el año próximo pasado se inició el servicio social de los pasantes de la Facultad de Medicina, y se tiende a